

William Ospina

La ciudad de los libros

Mucho se discute cuándo comenzó la modernidad. Si comenzó con la instauración del individuo a partir de las dudas de Descartes, de los ensayos de Montaigne, de la invención de la novela y del arte del retrato; si comenzó con el Descubrimiento de América y el surgimiento del Globo; si comenzó con la Ilustración y la nueva conciencia que nos trajo de nuestra capacidad de modificar la historia; si comenzó con el Renacimiento, en el reencuentro de Occidente con la racionalidad griega, con la llegada del naturalismo y del racionalismo; o si comenzó con la Reforma protestante, que arrebató el trono de la moral a las iglesias y pretendió plantarlo en el corazón de los hombres. Lo más probable es que la modernidad, como los grandes ríos, tenga su nacimiento en muchos lugares y en muchos momentos distintos. Lo único indudable es que nada contribuyó tanto a su instauración como la invención de la imprenta, la transformación de los libros en objetos de uso cotidiano, al alcance de casi todos.

Desde la conquista de la escritura, pocas cosas modificaron tanto nuestra manera de vivir como la generalización de los libros. Alguien celebró alguna vez a la llamada sociedad de consumo afirmando que la industria había puesto en manos de cualquier ciudadano de clase media de nuestra época comodidades sólo comparables a las que tuvieron los emperadores de la antigüedad. Y es verdad que los vehículos familiares, los hogares climatizados, los alimentos refrigerados, los instrumentos de comunicación, las avalanchas de información, los sistemas de suministro de bienes de consumo, el diseño industrial y los estímulos del confort son ventajas notables para quienes pueden acceder verdaderamente a ellas, pero pocas cosas han sido tan radicalmente innovadoras como haber pasado de las bibliotecas medievales, que había que llevar en la memoria, a menos que se fuera obispo o abad, a la biblioteca personal o a la biblioteca pública cercana y accesible.

Ahora nos pasamos la vida discutiendo si se lee poco o mucho; si se lee bien o mal. A veces hasta oímos decir que en nuestra época se lee cada vez menos, que cada vez más el mercado sacrifica la calidad de los libros ante el mero éxito de ventas. Pero no podemos estar seguros de que en otras edades se leyera mucho. Shakespeare sólo fue conocido en su época por los pocos londinenses que tenían ocasión de asistir a sus funciones en El Globo, y el éxito de ventas de El Quijote debió de limitarse por mucho tiempo a las ciudades españolas del siglo XVII y a algunos círculos ilustrados de la América Hispánica. A lo largo de toda la Edad Media nadie leyó a Homero ni a Platón, y Aristóteles sólo volvió a inquietar las conciencias europeas después de que los filósofos árabes lo rescataron de las ruinas de la antigüedad. Tal vez esta calumniada época nuestra sea la primera en que hay muchos lectores en el mundo: en todo caso nunca se habían hecho ediciones tan numerosas de libros como ahora.

Pero la excelencia de las obras literarias nunca dependió de criterios cuantitativos. A comienzos del siglo XX un crítico inglés escribió más bien en su columna de un diario que W. B. Yeats era un gran poeta “porque seis o siete personas sabemos que lo es”. Hoy vivimos la extraña y fascinante edad de los grandes éxitos editoriales, pero también el peligro de que ese criterio cuantitativo se imponga sobre consideraciones más complejas y más sutiles. Paul Valery dijo que hay dos clases de autores: los que vienen

a satisfacer los gustos del público, y son por ello fácilmente reconocidos y apreciados, y los que vienen a cambiar los gustos del público, que tardan en ser reconocidos y a menudo no tienen éxito, porque en verdad vienen a crear un público nuevo, a inventar un nuevo lector. Estos suelen ser los creadores más poderosos, pero en todas las épocas han afrontado el duro destino de no ser reconocidos por sus contemporáneos, de necesitar otro tipo de estímulo y otro tipo de valoración.

Claro que hay libros mejores y libros peores. Claro que leer no es necesariamente una garantía de sensatez y de sabiduría. También es importante preguntar cómo se lee, porque los libros también encuentran lectores fanáticos, lectores dogmáticos, lectores que hacen de un texto su trinchera contra la experiencia y contra el mundo. Pero acceder a un tipo de lectura rico, reflexivo, crítico y creador, abre el camino no sólo para reconocer los libros mejores, sino para fortalecer ese fundamento de la democracia y de la civilización que es el individuo con criterio y con carácter. Mientras sigan rotos en el mundo los lazos de la memoria mítica, sólo una comunidad informada, madura y crítica, puede ser verdaderamente libre y verdaderamente civilizada. Por eso es tan importante reflexionar sobre el camino más adecuado para crear lectores.

La buena lectura no es una técnica sino un arte. Muchos confunden la capacidad de deletrear, de encadenar las sílabas, de descifrar un texto, con el arte de leer, pero la lectura verdadera consiste en liberar la carga de emoción, de sentido, de sensibilidad, de imaginación, de ritmo que hay en un texto, y los textos más ricos son precisamente los textos literarios. Toda lengua es inicialmente un ejercicio de sonidos y su origen se confunde con la música. La escritura es una invención tardía, ya que toda escritura consiste en dibujar sonidos. Por eso sentimos que todo texto, y principalmente todo poema, quiere ser dicho en voz alta, como si nos estuviera recordando que sólo cuando se escucha su sonido se está captando plenamente su significación. No pretendo negar que se pueda leer mentalmente, afirmo que esa lectura mental sólo es posible después de que hemos aprendido a leer y a deleitarnos con el sonido de las palabras: es imposible aprender a leer sólo mentalmente.

Por ello, mucho antes de la técnica de descifrar la escritura, somos criaturas orales, y se equivocan los que piensan que la tradición oral es una etapa superada de la cultura, que ahora estamos en la época de la memoria escrita. Esas dos tradiciones, la verbal y la escrita se complementan, y no podemos renunciar a ninguna de las dos, ya que siempre se necesitará del sonido de las palabras para gozar a cabalidad del placer de la lectura.

Ello es comprensible. La humanidad aprendió a hablar milenios antes de aprender a escribir. Toda la humanidad habla y sólo unos cuantos seres humanos se dedican a la escritura como actividad fundamental. Escribimos más para habladores que para escritores. Y los más grandes autores de la historia son aquellos que estuvieron en contacto con su público a través de la lengua hablada, ya fuera en el campo de la poesía épica, que se declamaba ante auditorios, de la poesía de los trovadores, que se cantaba en los patios de los castillos, o del teatro, que se representa ante públicos numerosos. Quiero decir que autores como Homero, como Sófocles, como Shakespeare, como Oscar Wilde, como Bernard Shaw, estaban en contacto continuo con un público, lo sentían vibrar al ritmo de sus creaciones, se alimentaban del lenguaje de ese público al que destinaban sus obras.

Otra clase de autores que también tienen una relación cercana con su público son los que ejercen el periodismo. Por su necesidad de ser leídos cotidianamente, tampoco ellos pueden olvidarse del lenguaje que habla la comunidad. Tolstoi, corresponsal de la guerra de Crimea, Dickens, autor de novelas por entregas, taquígrafo y redactor de diarios en el Londres del siglo XIX, Chesterton, agudo polemista en la prensa inglesa de la primera mitad del siglo XX, Porfirio Barba Jacob, incansable fundador de periódicos y redactor de textos en la prensa de siete países, o Gabriel García Márquez, cuyas obras tienen siempre un sabor de noticia y de crónica, son ejemplo de cuánto le conviene a la escritura literaria una relación cercana con la vida diaria y con el lenguaje de los lectores.

Yo tengo el temor de que una literatura que se aleje demasiado del lector y de la lengua hablada corra el riesgo de perder su fuerza expresiva, su capacidad de conmover y de crear estados de ánimo, y tienda a convertirse en una literatura demasiado cerebral, demasiado personal, demasiado autista. A veces, leyendo las obras de los poetas vanguardistas, a los que les interesa mucho romper con la tradición e innovar, temo que han perdido lectores porque se extravían demasiado en unos acentos personales y se olvidan no sólo del gran caudal de la lengua hablada sino de la entonación, del ritmo y de las emociones de sus lectores. Por ello cada vez estoy más convencido de que el secreto de crear lectores consiste en leer en voz alta.

Si la modernidad se instauró con la imprenta, se entiende que sean esos dos extraños lectores, Don Quijote y Hamlet, los símbolos mismos del hombre moderno occidental. Los dos son hipóstasis de otros dos lectores, a los que sólo conocemos indirectamente, pero que debieron ser en su tiempo ejemplos supremos de voracidad literaria: Cervantes y Shakespeare. Del primero sabemos que leía hasta los papeles que encontraba tirados en las calles, del segundo, que devoró todas las crónicas de la historia de Inglaterra de Hollinshed, y la Gesta Danorum, y a los clásicos griegos y latinos, y los ensayos de Montaigne, y seguramente cuanto infolio era posible encontrar en esa Babel ya inimaginable que era el Londres de su tiempo.

Hay un momento irónico en el Hamlet de Shakespeare, cuando Polonio encuentra a Hamlet leyendo y le pregunta: “¿Qué lees, príncipe?”. Y Hamlet le contesta: “Palabras, palabras, palabras”. Uno de los secretos de Hamlet es que siempre dice la verdad y al mismo tiempo siempre miente. Y en este caso es así: Hamlet dice la verdad cuando afirma que está leyendo sólo “palabras”, porque de palabras está compuesto todo libro, pero es una ironía porque Hamlet sabe mejor que nadie que un libro es mucho más que una colección de palabras.

Hamlet tiene ya en sus manos el libro. Hamlet es ya el hombre que dialoga consigo mismo. Y tienen razón los directores que lo ponen a murmurar sus monólogos en los escenarios más actuales: Hamlet es por igual alguien del siglo XVI y del siglo XXI, Hamlet es nuestro contemporáneo. Ese libro que tiene en las manos bien podría ser un computador portátil o un libro electrónico, las meditaciones que suscita en él ese texto serían las mismas. Hoy se discute si el libro como objeto físico va a perdurar, y sobre ello se aventuran todas las hipótesis. El poeta Humberto Marín suele recordar que él creyó que de verdad los libros iban a ser sustituidos por las pantallas electrónicas hasta el día en que se enteró que Bill Gates había publicado un libro. Ese sólo hecho parecía declarar que la salud futura del libro estaba garantizada.

Con todo, algunas inquietudes perduran, y la más importante es que el soporte físico del libro de papel requiere un tal consumo de materia vegetal, que no parece deseable que en el porvenir se hagan ediciones gigantescas de cuanto libro aparezca. Tal vez llegará el día en que sólo los libros clásicos, es decir, de significación probada para gentes de muchas culturas y de muchas edades distintas, merezcan ediciones en papel, y para todo lo demás haya libros electrónicos, menos costosos en términos naturales, aunque también costosos en términos ambientales. Pero el libro, tal como lo conocemos, es tan bello, tan práctico, tan portátil, tan sencillo de usar, tan dócil, tan misterioso, que podemos decir que con su hallazgo la humanidad encontró un objeto mágico, algo a lo que le costará renunciar.

A partir del libro hizo Cervantes su personal elogio de la locura; a partir de él se convirtió Montaigne en el interlocutor de sí mismo; a través de él renació la cultura de la antigüedad, y los libros inventaron el Nuevo Mundo geográfico y mítico; por los libros se abrió camino la Ilustración; y fue la imprenta la que inspiró a Lutero la idea revolucionaria de dar otro tipo de comunión a sus fieles, de poner una Biblia en cada mano. Se entiende que el libro haya sido el instrumento de las grandes religiones que hoy llenan el mundo, porque nada religa tanto como un texto. Pero todo tiene por lo menos dos caras, y la generalización del libro también trajo egoísmo y soledad; si amplió la élite intelectual, también estimuló al pensador solitario, a veces aislado de la comunidad, estimuló al que lee a solas e incluso al que escribe o cree escribir sólo para sí, y trajo tras de sí la estela del mercado, la multiplicación de las aventuras editoriales, las supersticiones de actualidad, la pretensión mallarmeana e insensata de leer todos los libros. Pasamos, como insinuó festivamente Stanislas Lem, de la edad de la piedra, la edad del hierro y la edad del bronce, a la edad del papel, el más reciente y generalizado refugio del texto y de la cultura.

Todo había comenzado con el canto y con la plegaria, y todo continuó con el cuento. Es fácil creer que los primeros sonidos que articulamos estuvieron hechos para responder a los peligros del mundo, ya fuera en forma de conjuros, de talismanes para propiciar el buen rumbo de nuestras actividades, de amuletos verbales para protegernos de la adversidad, de ensalmos propiciatorios y de actos de gratitud. Rilke dijo que el destino del poeta consiste en celebrar, y su maestro Hölderlin sostuvo que la poesía nació para celebrar lo que existe, para guardar lo que permanece, y para descifrar su sentido.

Es posible que los primeros poemas que hicimos fueran oraciones. Hay un parentesco con la poesía en el hecho de que las oraciones también quieren ser dichas en voz alta. Aunque yo no soy católico, no ignoro que uno de los más hermosos y misteriosos poemas de la historia es el Padre Nuestro, la oración que enseñó Jesucristo a sus discípulos. Y Borges dijo que sólo Whitman y Francisco de Asís habían logrado el prodigio de hacer lo que los demás sólo intentamos: un poema perfecto. La “Oración de la Paz” de Francisco de Asís y las “Hojas de Hierba” de Walt Whitman son himnos de gratitud y ejercicios de aprobación de la vida verdaderamente extraordinarios.

Existe en todos la necesidad de celebrar y de agradecer, de hacer invocaciones y expresar sentimientos, la necesidad de hacer caber esas cosas en una armonía. Existen necesidades musicales, y por eso lo primero es el poema. Pero hay también en nosotros una inextinguible ansiedad de historias, de relatos. Pocas cosas agradan más que esos comienzos legendarios: “Este era un rey que tenía tres hijos...”, o “Había una vez, en una región muy distante...”, o “Voy a contar una historia de pasión y de muerte...”. No

sé qué nos cautiva tanto de esos comienzos, pero no hay ser humano que se resista a la promesa de un buen cuento. Y lo que buscan nuestros chismes, nuestros rumores, las noticias de la radio y de la televisión, las conversaciones domésticas sobre viejos sucesos familiares, es acuñar esas historias breves y condensadas que parecen convertir la realidad en fábula, la historia en leyenda, y nuestra vida cotidiana en un sueño. Así que el cuento es lo segundo, y tanto los poemas como los relatos han acompañado a la humanidad a lo largo de toda su historia.

No siempre podemos identificar a sus autores. Cuanto más antiguo es un poema o un cuento, tanto más difícil es saber quién lo inventó. Muchos de los grandes poetas de la antigüedad ahora son para nosotros figuras míticas, máscaras legendarias de seres perdidos, o el nombre que damos a legiones de creadores que inventaron y pulieron los versos. Homero, padre de los poetas de Occidente, puede no haber existido, puede no ser más que el nombre que le damos a una legión de poetas y de rapsodas que fueron amonedando en versos maravillosos los episodios de la guerra de Troya y entreverándolos con leyendas de la mitología, o que fueron puliendo en la memoria los relatos del regreso de los guerreros a sus tierras de origen después de una guerra muy cruel, las dificultades que tuvieron que sortear por los caminos.

La primera característica de la guerra de Troya es que ocurrió muy lejos, la segunda, que duró mucho. El pueblo griego no la vivió: sólo los guerreros, muchos de los cuales murieron en ella. Así que para vivir la guerra, la sociedad griega necesitó los relatos. Ellos traían a casa la guerra que libraron los hombres muy lejos. Explicaba la ausencia de los guerreros y por qué habían tenido que padecer tan largo exilio. Esa es una clave de los relatos: traen a nuestro presente historias que no hemos vivido pero que nos ayudan a entender nuestra vida.

Dice Marie Renault que del asombroso cortejo fúnebre de Alejandro Magno, cuyo cadáver fue llevado desde Babilonia hasta Alejandría por siete ejércitos, en un coche de cristal adornado de oro y arrastrado por mulas que iban coronadas de diamantes, un cortejo en el que desfilaban centenares de elefantes de la India, de dromedarios de Ecbatana y de Arabia, y en el que iban enlutados muchos reyes de Asia, príncipes de Egipto y generales macedonios, que de ese cortejo que recorrió medio mundo conocido y que acudían a ver con sus hijos las gentes de todas las provincias, nacieron “mil años de leyendas”. Pero todo hecho importante de nuestra vida aspira a convertirse en un relato, y pocas cosas causan tanto agrado como oír una buena narración de un hecho histórico o de un acontecimiento familiar.

Una de las funciones más importantes que cumplen los relatos es que desde siempre les han enseñado a los pueblos a conmovirse con cosas que les ocurrieron a otros, y esa me parece una gran labor de civilización. La civilización no comienza cuando somos capaces de compadecernos de lo que les ocurre a nuestros vecinos o a nuestros hermanos, sino cuando somos capaces de conmovernos o exaltarnos con cosas que les ocurren a seres desconocidos en tierras muy lejanas.

Quiero volver a Homero sólo para señalar que tal vez lo más hermoso que tiene la Iliada es que, a pesar de ser un poema griego, sus más indudables héroes son los enemigos, los troyanos, y sobre todo Héctor, que defendió a Troya de la invasión de los griegos y murió protegiendo a su familia y a su patria con gran nobleza y con mucho valor. Ninguno de los héroes griegos lo iguala en abnegación y en lealtad, y sin embargo es el

enemigo. Yo diría que en ese momento en que alguien es capaz de cantar el valor, la abnegación y la grandeza de un enemigo, en ese momento comienza la civilización. Y tal vez a eso aludía Cristo cuando invitaba a la humanidad a algo tan difícil como ser capaz de amar a los enemigos.

Con ello quiero llegar a otro tema: es verdad que todos necesitamos poemas y cuentos, que necesitamos la belleza de las músicas verbales y de los relatos, pero también necesitamos que a través del lenguaje la vida se enriquezca de preguntas, de reflexiones, y a menudo tenemos también la necesidad no de oír una historia sino de habitar en ella, de seguir en el tiempo sus avatares, identificados con el destino de otros. Todo eso nos lo brinda la literatura. En primer lugar la literatura oral, las oraciones, los poemas y los cuentos, pero también la literatura escrita, ese universo de textos que llenan las bibliotecas y que nos permiten viajar, explorar mundos desconocidos, entrar en el alma de otros seres humanos, vivir emociones inesperadas, vivir los peores horrores y las mayores maravillas, presenciar actos de santidad o de amor, atrocidades y vértigos, y seguir siendo nosotros mismos pero expuestos a la vez a ser cambiados por esas experiencias.

Después de los viejos géneros de origen oral, el poema y el relato, que estuvieron con la humanidad desde el comienzo, otros géneros nacieron específicamente con la escritura y son típicos de la modernidad: hablo del ensayo y de la novela. En ellos sentimos menos el rumor de la comunidad y mucho más el ejercicio de una voz personal, una capacidad de reflexión, esa manera como la escritura potencia en los individuos la vocación de armar y articular vastas historias. Un libro como el “Ulises” de Joyce habría sido imposible en una tradición meramente oral: requiere demasiada erudición personal, la experiencia de una vida en relación con el lenguaje y con el mundo. Hay quienes dicen que la humanidad pudo vivir siglos sin la novela y sin el ensayo, y que por eso bien podría ser que en algún momento del futuro renuncie a ellos. Pero hay muchas cosas que la humanidad ha adquirido, que no son dones originales sino fruto de sus propios méritos, como la escritura, por ejemplo, y no resulta concebible que nuestra especie pueda renunciar a ellas.

La posibilidad de desarrollar reflexiones personales no especializadas, ejercicios de sensibilidad con el pensamiento, sobre todos los temas imaginables, la posibilidad de escribir ensayos, es una de las más apreciables conquistas de los siglos recientes, y la humanidad cada vez los lee más. Pero sobre todo la novela se ha convertido hoy en algo más que un género literario, se ha convertido en el extraño y fascinante lenguaje de la época, que parece absorber a todos los otros géneros. Hace siglos, para relatar su historia maravillosa del anillo mágico que hay que destruir, Tolkien habría escrito un poema épico: en nuestra época prefirió la novela. Hace siglos, Marguerite Yourcenar, deseosa de reconstruir la vida del emperador Adriano, habría redactado una biografía, en nuestra época optó por la novela. Hace siglos, James Joyce, empeñado en escribir el gran libro de la ciudad, un libro en el que cupieran las calles, los destinos, las resonancias históricas, la “vasta y vaga acumulación del pasado” y su gravitación sobre un día del presente, habría escrito un ensayo enciclopédico: en nuestra época no pudo resistir a la tentación de hacer una novela.

Suele decirse que la humanidad va cada vez más aprisa y que por ello ya casi no tiene tiempo para leer. Pero la novela ha creado libros mucho más extensos de los que alguna vez concibió la tradición oral: más extenso que la “Odisea” el “Ulises”; más extenso que

el “Tristán e Isolda”, “En busca del tiempo perdido”; muchísimo más extensa que el “Éxodo” la novela de Thomas Mann “José y sus hermanos”, que narra un pequeño fragmento del “Éxodo”. Y paradójicamente esta época afanosa suele caracterizarse porque los libros que leen sus multitudes, los grandes best sellers norteamericanos, por ejemplo, son libros de varios centenares de páginas. Una gran lectora amiga mía me ha dicho que el libro ideal es aquel que no sólo sea maravilloso sino que no se acabe nunca, y Marcel Proust, si no lo logró, al menos tiene el mérito de haberlo intentado, porque uno sabe de qué trata todo su libro, pero cada frase trae una revelación, como si el autor estuviera tratando de darnos todo el universo a través de una sola conciencia, de una sola sensibilidad.

Una silla no es más que una silla, una rosa no es más que una rosa, pero un libro es siempre mucho más que un libro, mucho más que un objeto entre los otros, mucho más que un volumen compuesto por numerosos planos en los que hay impresos unos caracteres. Un libro puede ser viajes, crímenes, descubrimientos, guerras, incendios, amores inolvidables, naufragios, milagros, espantos, semanas enteras de belleza, de terror o de sabiduría.

Y digo que para formar lectores es necesario que se lea en voz alta porque sé que sólo el ejemplo, sólo la entonación nos enseñan a extraer todo el jugo de sensibilidad y de emoción que hay en los textos. Novalis decía que una conferencia es un libro oral. Oír leer bien un poema, asistir a una representación teatral, son caminos que nos aproximan a la lectura y que nos enseñan a leer, pero se diría que el ejemplo directo, cálido e inmediato, es insustituible en esa tarea. Porque un estilo es una entonación, un ritmo, una manera de respirar el idioma. Algunos piensan que es algo que se debe hacer principalmente con los niños, y algunos incluso sienten con tristeza que si no recibimos esa lección en la infancia ya estamos perdidos para la lectura. Pero si algo logran muchos poemas y relatos es devolvernos al asombro de la infancia, de manera que puede decirse que, al menos en cierto sentido esencial, a la hora de aprender a leer todos somos niños, y que eso puede vivirse a cualquier edad. Cuando a Marguerite Yourcenar, ya a los ochenta años, le preguntaron en qué edad se sentía, respondió con una sonrisa: “Yo diría que en una perpetua infancia”.

Aunque he dicho que no soy cristiano, porque me parece que esa es una filosofía muy exigente en términos de justicia y de generosidad, y hasta ahora no me siento digno de afirmar que profeso esa disciplina del amor, del perdón y de la humildad, noto que en estas reflexiones Cristo se me aparece a cada rato. Recuerdo esa sentencia suya que dice que el que no se convierta en un niño no entrará en el reino de los cielos. Podemos parafrasearlo y decir que el que no se convierta en un niño, con su capacidad de asombro y de juego, con su capacidad de creer en lo increíble, no entrará en el reino de los libros, en la gran biblioteca universal donde nos esperan algunas de las horas más bellas de nuestra vida. Y estoy lejos de pensar que la vida deba dedicarse exclusivamente a leer. En este mundo hay muchas cosas estupendas y la lectura sólo es una de ellas. Pero tal vez tiene la ventaja de que es una experiencia que puede hacer más intensas y más profundas muchas otras experiencias humanas.

¿Me atreveré a decir que leer es mejor que ver televisión? Claro que sí, leer es mejor. Porque leer es una actividad creadora y ver televisión no siempre lo es. Durante un breve tiempo, durante la hora y media que dura una película, y si la película es buena, ver televisión puede ser un ejercicio creador, pero el que ve televisión por horas muy

pronto se convierte en un ocioso receptor de informaciones que ni siquiera se procesan, y por eso la extraña sensación de vacío que uno tiene cuando lleva varias horas viendo televisión. Voltaire decía que la mejor forma de ser tedioso es decirlo todo, y ese es tal vez el problema de la televisión, que nos lo da todo, que no deja nada a la imaginación, a la creatividad personal. Nos da las palabras, los escenarios, los rostros, las acciones. En una película, todo eso logra ser controlado para que aportemos sutileza, emoción y sentido, pero en esos largos e inútiles programas que ni siquiera tienen la tentación de ser arte, que no son más que absurdas mercancías para llenar el tiempo ajeno, no se entra tan delicadamente en juego con nuestras facultades, se nos invade con trivialidades y torpezas sin el menor contenido artístico, a veces sin la menor preocupación estética.

Lo mejor que tienen los libros es que confían en nosotros, nacen de la convicción de que somos capaces de crear historias a partir de lo que ellos nos dan. Porque un libro es como una partitura, una serie de signos sobre un fondo blanco, y somos nosotros los que ponemos la música. Es bueno decir en homenaje nuestro que un buen lector es como un exquisito intérprete musical, como un pianista o un violinista que es capaz de convertir en sonidos gloriosos los signos inmóviles que hay sobre la página. Cuando cerramos el libro recordamos los barcos, los caballos, los castillos, los tesoros, las doncellas suspirando en los balcones, los enamorados que escalan esos balcones colgados de las enredaderas, recordamos las batallas, las lanzas perforando los pechos, los coches hundiéndose en el abismo, los incendios, los asesinatos, los tigres. Pero lo más asombroso es que en el libro no había nada de eso. En el libro había letras y palabras. Nosotros no recordamos letras y palabras, no recordamos una página impresa sino una sucesión de aventuras y de desventuras, de personas, escenarios, objetos y acontecimientos.

Si la televisión fuera un eficaz instrumento de enseñanza esta sería la generación más ilustrada de la historia, y todos nosotros seríamos eruditos. Día y noche estamos expuestos a información sofisticada sobre todos los temas, historia, biología, ingeniería, física, los programas sobre la naturaleza son de una minuciosidad y una belleza extraordinarias. Lo asombroso es que no recordamos casi nada de todo eso. En rigor, una cuña publicitaria debería bastar para que quedemos enterados de las virtudes de un producto. Pero los publicistas saben que aunque una marca de gaseosas lleve setenta años anunciándose, bastaría que deje de anunciarse un mes y las ventas descenderían dramáticamente. Tan débil parece ser a largo plazo el efecto de esas pantallas que a veces las almas ingenuas nos proponen como los educadores del futuro. Pero es que tal vez el verdadero secreto de las palabras está en su manera de fijar la memoria. Ustedes habrán advertido que sólo recordamos largo tiempo los sueños que hemos convertido en palabras. Los otros se borran con una facilidad milagrosa.

Al cerrar el libro no recordamos las palabras sino lo que las palabras contienen. Ya Platón había sugerido que el lenguaje es el mundo, y así nos cuenta Borges en sus versos el argumento de ese griego:

*Si como el griego afirma en el Cratilo
El nombre es arquetipo de la cosa,
En las letras de rosa está la rosa
Y todo el Nilo en la palabra Nilo.*

Leemos “la rosa”, pero no recordamos las cuatro letras en tinta negra sino los pétalos rojos o rosados temblando y aromando en el jardín o en la mano de una muchacha. En ese momento estamos a punto de comprender el secreto del lenguaje, ese invento abstracto que no sólo copia al mundo sino que a veces parece reemplazarlo.

Yo no sé si en el mundo las palabras son las cosas, pero sí sé que en la ciudad de los libros se cumple plenamente esa fantasía platónica, porque en un poema, en un cuento, en el maravilloso abismo de un libro, las palabras son las cosas. Vemos las palabras y somos nosotros los que les prestamos su sentido. Por eso el lector tiene derecho a decir que en gran medida es él quien ha inventado el libro que está leyendo, ya qué es él quien aporta los caballos, los rostros, los atardeceres. El libro dice “la ciudad”, y es nuestra memoria, nuestra fantasía, nuestra sensibilidad la que pone casas y calles, torres y semáforos, autos, rascacielos, policías y mendigos, vitrinas y luces y muchedumbres.

La literatura es un gran acto de colaboración que se cumple si hay un autor y un lector. Cada uno provee una parte fundamental del acontecimiento. Sin la imaginación del autor no hay historia, pero sin la memoria y la imaginación del que escucha o del que lee, lo escrito sería letra muerta, un objeto inmóvil en un estante. El libro sólo se anima cuando alguien lo abre, sólo empieza a hablar cuando alguien lo invoca, libera sus tesoros sólo cuando alguien sabe despertar la magia escondida.

Y también es por eso que, en manos de quien no ha aprendido el arte de leer, un libro es sólo lo que Hamlet decía, un montón de palabras, uniformes, quietas, monótonas, que forman líneas rectas sobre una página. Para el que no ha sido bendecido todavía con la magia y la pasión de leer, un libro es sólo “palabras, palabras, palabras”. Para quien se deleita con la belleza del lenguaje, la nitidez de las imágenes, el rigor de los pensamientos, el vuelo de la fantasía, la pasión de las historias, la verdad de los personajes, un libro es tan vasto como una ciudad, tan misterioso como un ser humano, tan intenso como una vida.

Y tiene una ventaja adicional: en estos tiempos en que se finge que se inventan tantas cosas para hablar con los demás, para comunicarse con los demás, en esta época que miente que estamos muy comunicados, sólo porque nos decimos a través de aparatos las mismas cuatro frases en todos los tonos, los libros son instrumentos para comunicarnos con nosotros mismos. Nada nos ayuda tanto a dialogar con nosotros mismos, a interrogarnos, a descifrnarnos, a plantear nuestras preguntas, a resolver nuestras incertidumbres, a acercarnos a nuestro secreto escondido. Tienen razón quienes dicen que un libro es un amigo, porque entre todos los libros que existen a cada quien lo está esperando ese amigo único con el que podrá hablar de todas las cosas, incluso de las más escondidas, de las más inquietantes, de las más poderosas que uno haya querido hablar jamás.

Eso es algo que no sabe hacer un televisor. Un libro está compuesto de una sola sustancia infinita, y renace con cada lector. Un televisor es una cosa en la que todo ocurre y todo desaparece. Es menos que un espejo. Recuerdo que un poeta dijo, hablando de los espejos:

*Todo sucede y nada se recuerda
En esos gabinetes cristalinos.*

Pero al menos la imagen del espejo somos nosotros mismos, nos obliga a vigilarnos, a pensarnos, nos muestra cómo enfermamos, cómo envejecemos, es una respuesta muy franca al ser que lo interroga. El televisor no habla para nosotros, no sigue nuestro ritmo, nos impone el suyo, y cuando nos descuidamos sigue hablando para nadie. En lo fundamental, la televisión, tal como hoy se la vive, está hecha para el olvido. Cada libro es un mundo distinto. Y dialoga con cada uno de sus lectores, y le dice a cada uno cosas que no podría decirles a los demás. En definitiva, lo que recordamos de los libros es, secretamente, lo que somos.

Hay una escuela filosófica que sostiene que el universo es fruto de nuestra percepción, que si vemos las cosas es porque ellas emanan de nosotros. Un escritor francés, León Bloy, llegó a decir alguna vez: “Si yo veo la Vía Láctea, es porque ella verdaderamente existe, en el alma”. De acuerdo con esa filosofía, cuando llegamos a una ciudad estamos inventándola, y un famoso escritor, jugando con esa idea, cuando vio por primera vez a Nueva York se volvió hacia la persona que lo acompañaba y le dijo: “Qué bien me quedó, ¿verdad?”. Esa teoría, que es indemostrable y escandalosa en el mundo físico, es en cambio rigurosamente verdadera en la ciudad de las palabras. “El que pronuncia una frase de Shakespeare, dijo Borges, es, literalmente, Shakespeare”. Y el que lee una obra de cualquier autor, y se conmueve, y conserva los sentimientos, los paisajes, los personajes, las maravillas de la obra, puede perfectamente exclamar, sin faltar a la verdad: “Qué bien me quedó”. Muchas gracias.